la nueva edición de sus obras con nuestro óbolo: con lo que haremos, á la vez que una obra de caridad solemne y un beneficio á las almas, un servicio á las letras, favoreciendo así en uno al bien, á la verdad y á la belleza, que juntamente resplandecen en las obras de Dios.

DISCURSO BRINDIS

PRONUNCIADO COMO MINISTRO DE LA CORONA

en el banquete dado por

LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA

EN HONOR DE LOS EXPLORADORES PORTUGUESES

IVENS Y CAPELLO

Señores:

En nombre del Gobierno de S. M. el Rey D. Alfonso XII, brindo por la heróica nación portuguesa, unida á nuestra patria por los inquebrantables lazos de la Religión, de la Naturaleza y de la Historia; y como personificaciones de su gloria y de su valer, por los audaces é inteligentes exploradores del continente Africano, Sres. Ivens y Capello. (*Muy bien.*)

Brindo por la heróica nación portuguesa; por la antigua é ilustre Lusitania; por la patria insigne de Viriato; por aquella porción gloriosa de nuestra Península que, dilatada todo lo largo de nuestras costas occidentales, parece destinada por Dios, que traza y determina los caracteres históricos y geográficos de los pueblos, á extender sus miradas por el mar, para arrancarle sus secretos y lanzarse audaz entre

sus olas, en largas y peligrosas navegaciones, para acrecentar su gloria y su poder con la innumerable serie de sus prodigiosos descubrimientos. (*Muy bien, muy bien.*)

Brindo por la nación *sabidora en el descobrir*, que, apenas expulsados los musulmanes de su suelo y asentada la paz con sus hermanos de Castilla, se arroja, para responder al misterioso é irresistible llamamiento de su vocación y de su destino, á dar empleo á su valor en la peligrosa exploración del *Mar tenebroso*.

¡Gran epopeya, señores, gran epopeya la que quiero aquí por un momento evocar ante vosotros: la gloriosa epopeya Portuguesa sobre las costas mauritanas! Aquélla es la epopeya de sus grandes glorias militares, que empieza con la conquista de Ceuta por D. Juan I; se continúa con el *Heroísmo del Príncipe constante*, cantado por nuestro Calderón, en quien la independencia y el santo amor á la patria hallan los acentos del arte y las iluminaciones de la religión, para expresarse en aquellos versos memorables que caracterizan la civilización española:

«¿Me darás á Ceuta?—No.
Porque es de Dios y no es mía.» *(Aplausos.)*

De aquella epopeya que sigue con la toma de Alcázar-Seguer, de Arsila y de Tánger, por Alfonso V *el Africano*; con la conquista de Azamor, por el Duque de Braganza; con las hazañas de Meneses y con el cerco de Mazagán, en tiempo de la Reina Doña Catalina, y se cierra con la triste y dolorosa expedición, con la mortal tragedia del malogrado Rey D. Sebastián, cuya sombra ensangrentada y gloriosa parece que se destaca aún en las inhospitalarias costas del continente Africano como un recuerdo y una reconvención al olvido y al abandono de la Península española, como indicándole con su mano ensangrentada la abandonada senda de sus gloriosos destinos. (*Grandes aplausos.*)

Pero si grande y gloriosa es esta epopeya, eslo mucho más aún, señores, la epopeya científica y geográfica, la que más parece que debe recordarse aquí: aquélla en que el peligro de la lucha con el enemigo humano es, con todos sus horrores, secundaria y accidental, al lado de la lucha con los elementos desencadenados, la lucha cuerpo á cuerpo con lo desconocido, en el teatro de la inmensidad, sin más testigo que Dios y sin más amparo que el destino.

¡Epopeya gigante también aquélla que toma su remoto origen, y como el signo de su predestinación, y como el secreto de su fuerza, en el Infante D. Enrique, primer promovedor de la larga serie de sus descubiertas, el

fundador de la Escuela de pilotos de Sagres, que regaló, al mundo de la navegación, el invento utilísimo de las *cartas planas!*

¡Epopeya magnífica, en verdad, de la que son héroes sucesivos Gil Yáñez, que pasa el cabo Bojador; los descubridores de la isla de Puerto Santo y de la isla de Madera; los exploradores del Río de Oro, que traen por primera vez hombres de *negro color* á Portugal; los que hallan las islas de cabo Verde y las Azores, y saludan á Sierra Leona y arriban á Fernando Póo, y encuentran el Congo, y avistan el cabo de las *Tormentas*, que ha de convertirse, una vez doblado por el genio peninsular, en el cabo de *Buena Esperanza!*

¡Epopeya de cantos maravillosos, como aquella portentosa expedición digna de héroes mitológicos en demanda del *Preste Joan* y de su fabuloso reino, como los viajes de Vasco de Gama, al que la antigüedad hubiera colocado en el número de sus semidioses; como el descubrimiento del Brasil por Pedro Álvarez Cabral; como las increíbles hazañas de aquellos portugueses en la India: *Los dos temidos Almeidas, por quien llora siempre el Tajo;* Alburquerque el *Terrible*, conqueridor de Goa y Ormuz y de la península de Malaca; el gran Pacheco, á quien Camoëns llama *Aquiles Lusitano*; Don Juan de Castro, verdadero *héroe de Plutarco*,

según nuestro Menéndez Pelayo; Fernán Méndez Pinto, que viajó por el Asia veintiún años, siendo vendido por esclavo diez y siete veces; Antonio Tenreyro, que vino por tierra desde la India á Portugal, y, en suma, todos los obreros de aquella heróica labor, vencedores todos de las fatigas y la muerte, á vueltas con la fortuna, amadores todos de su Dios y servidores de su patria, que no olvidaron jamás, ni cuando les ofrecían tronos en las regiones más remotas, ni cuando el mar aparecía sembrado de despojos portugueses en la terrible serie de sus horrorosos naufragios, ni en todo el curso de aquella empresa, superior en los trabajos á las de todos los Hércules de la antigüedad, en que, como dice un gran historiador, «Portugal domó muchos bárbaros, ganó muchas plazas fuertes, postró innumerables ejércitos, penetró inmensos mares y vastísimos imperios, hasta llegar por entre gente feroz y belicosa á ocupar la cuna en que se despierta el sol.» (*Aplausos.*)

Y brindo, señores, por los ilustres exploradores Sres. Capello é Ivens, que ardiendo en amor á la humanidad, en amor á la ciencia y á la patria, despreciando toda clase de peligros, sin temor á aumentar con sus nombres el largo martirologio africano, acaban de ligar por un gigantesco paréntesis la *Edad Novísima* con la *Edad Media*, dejando luminoso surco con su

huella de obreros de la civilización, á través de ese continente Africano, de aquella desierta y abrasada Libia, que, como si estuviera reservada por Dios para teatro de ulteriores civilizaciones, envuelta en el sudario de su clima, guardada por la ferocidad de sus habitantes, por lo terrible y grandioso de su fauna y de su flora, parece como que rechaza toda investigación ó la castiga con la muerte, como si á sus puertas velase el ángel vengador con la espada de fuego, como á las del paraíso perdido de la humanidad, esperando una gran redención, una gran transformación redentora, en que, abandonadas la vieja Europa y la joven América con sus errores, como lo fué el Asia con sus decadencias, el linaje humano halle en África su tierra de promisión para la realización de sus más gloriosos destinos. (*Grandes aplausos.*)

Y brindo, sobre todo, además, porque al realizar sus exploraciones arrostrando el peligroso encuentro de esa *esfinge* que, como la de la antigüedad, sale invariablemente al encuentro de todo viajero audaz que se aventura en sus dominios, proponiéndole el propio enigma é intimándole el terrible *adivina ó te devoro*, han inscrito en el largo catálogo de nombres sajones que marcan el derrotero de la investigación africana, dos nombres españoles ó portugueses

mucho más dulces y agradables á nuestros oídos latinos. (*Aplausos.*)

Y brindo, por último, señores, en nombre de España, la nación hermana gemela de Portugal; las dos fracciones de la Península que, unidas en las glorias de su pasado y en los intereses de su porvenir, pueden y deben marchar al presente unidas, como Magallanes y Elcano, en la misma nave, en la nave de la *Victoria*, á aprisionar el mundo, conquistándolo, si no con el poder de sus armas, con la supremacía de su genio, para la religión, para la ciencia y la humanidad. (*Grandes aplausos.*)